

lucha con aquellos terribles sectarios (1). Había en la Cristianidad una exuberancia de vida que impelía á los condes y señores de Borgoña, Aquitania y Normandía á alistarse en las huestes de nuestros reyes contra los moros, y cuando aquellos nobles aventureros, buscando á su actividad más ancho campo, se unían á los otros príncipes y paladines alemanes, franceses, anglo-sajones y varegas (2) que les habían precedido en Oriente, para debelar á los selchukidas, ya vencedores de los califas fatimitas, dueños de la Siria y ominosos al Imperio bizantino, dábase en nuestro país un ejemplo muy persuasivo y casi irresistible á los valientes hijos de este suelo peninsular, tan propensos á buscar la suerte en arriesgadas empresas lejos de sus hogares. ¿Cómo no habían de influir en la exaltada imaginación de estos—en unos por su piedad y misticismo; por móviles menos santos en otros—las narraciones de las novelescas conquistas de un Roberto Guiscardo en Sicilia, de un Siegfredo de Maguncia y de un Ingulfo de Croyland en su viaje á Jerusalén con siete mil peregrinos, á quienes iba guiando el glorioso San Jorge, patrono de los paladines, montado en luminoso caballo blanco? Pues lanzada luégo á los cuatro vientos la voz de Urbano II, que tan poderosa resonó en el concilio de Clermont de 18 de Noviembre de 1095, y enardecida la fe religiosa de los españoles con los relatos de los romeros que volvían de Tierra-Santa, testigos del vilipendio que allí sufría la Cruz, no fué ya único motivo para correr los azares del peligroso viaje ultramarino el vago anhelo de alcanzar las riquezas, los goces, la vida regalada y el brillante séquito que allá habían alcanzado un día un rey norue-

(1) Kugler, HISTORIA DE LAS CRUZADAS, cap. I. *El oriente y el occidente antes de las Cruzadas.*

(2) Los *warangas* ó *varegas* eran aquellos terribles normandos que después de asolar las poblaciones de las costas de occidente como piratas, conquistaron la Inglaterra y la Italia meridional, fundaron en las dilatadas llanuras del Este de Europa principados rusos, y luégo en masas compactas (con el nombre de *warangas*) se precipitaron como un torrente en dirección de Constantinopla, donde por su gran valor sirvieron á los emperadores de excelentes soldados.—Kugler, *ibid.*

go, otro día un príncipe danés, ora un conde de Anjou ó de Luxemburgo ó de Kent, sino que se le juntó otro motivo verdaderamente noble y generoso, cual era el de cooperar á la más grande empresa religiosa que se anunció jamás al orbe desde la silla del Vicario de Cristo en la tierra. Y entonces, si los escandinavos medio paganos hallaban poderoso incentivo para dirigirse á las costas asiáticas, en la tradición gentílica de que en el lejano Oriente, cuna del sol, estaba la santa ciudad de Asgard, inundada de celeste claridad, donde nunca estampa su huella la muerte; para la generalidad de los hijos del Occidente latino no podía menos de ser el motivo principal de aquel gran movimiento, el deseo de sacar la Cruz ilesa y triunfante de la fiera borrasca que á la sazón la amagaba (1). Si al endosar con la túnica del peregrino la enseña del cruzado se lograba por añadidura adquirir algo á costa de los enemigos de Cristo, tanto mejor!...

Revolviendo estas especies, fuí gradualmente pasando de la vigilia al sueño: y hallándome en semejante estado, siento que paso también de la historia á la leyenda, de las crónicas á los libros de gesta, de los anales á los romances caballerescos. Y los personajes reales y verdaderos se me truecan en novelescos paladines y caballeros andantes, protectores de viudas, huérfanos y doncellas, émulos de Jasón y de Perseo en las más difíciles empresas de Amor y de Fe. ¡Molestas ligaduras las de la Historia! Enmudezcan Raimundo de Agiles, Alberto de Aquisgrán y Guillermo de Tiro: no sabe su árida pluma pintar las

(1) «Los alemanes á la sazón, y también más adelante, oyeron el llamamiento á la guerra Santa con oídos más indiferentes que los franceses, y sobre todo que los romanos. En la primavera de 1096, su sangre fría y la larga contienda entre el Emperador y el Papa, aún no completamente terminada, hicieron de consuno que en su mayoría recibiesen escépticamente la noticia del nuevo medio de salvación que se les ofrecía peleando por rescatar el Sepulcro de Cristo. Salían á los puentes y caminos á ver pasar el bullicioso ejército de los peregrinos, y se burlaban de los pobres que, *arrastrados por falsas y quiméricas esperanzas*, según ellos decían, abandonaban el suelo patrio».—Kugler. *Hist. cit.* cap. II.

lucha con aquellos terribles sectarios (1). Había en la Cristianidad una exuberancia de vida que impelía á los condes y señores de Borgoña, Aquitania y Normandía á alistarse en las huestes de nuestros reyes contra los moros, y cuando aquellos nobles aventureros, buscando á su actividad más ancho campo, se unían á los otros príncipes y paladines alemanes, franceses, anglo-sajones y varegas (2) que les habían precedido en Oriente, para debelar á los selchukidas, ya vencedores de los califas fatimitas, dueños de la Siria y ominosos al Imperio bizantino, dábase en nuestro país un ejemplo muy persuasivo y casi irresistible á los valientes hijos de este suelo peninsular, tan propensos á buscar la suerte en arriesgadas empresas lejos de sus hogares. ¿Cómo no habían de influir en la exaltada imaginación de estos—en unos por su piedad y misticismo; por móviles menos santos en otros—las narraciones de las novelescas conquistas de un Roberto Guiscardo en Sicilia, de un Siegfredo de Maguncia y de un Ingulfo de Croyland en su viaje á Jerusalén con siete mil peregrinos, á quienes iba guiando el glorioso San Jorge, patrono de los paladines, montado en luminoso caballo blanco? Pues lanzada luégo á los cuatro vientos la voz de Urbano II, que tan poderosa resonó en el concilio de Clermont de 18 de Noviembre de 1095, y enardecida la fe religiosa de los españoles con los relatos de los romeros que volvían de Tierra-Santa, testigos del vilipendio que allí sufría la Cruz, no fué ya único motivo para correr los azares del peligroso viaje ultramarino el vago anhelo de alcanzar las riquezas, los goces, la vida regalada y el brillante séquito que allá habían alcanzado un día un rey norue-

(1) Kugler, HISTORIA DE LAS CRUZADAS, cap. I. *El oriente y el occidente antes de las Cruzadas.*

(2) Los *warangas* ó *varegas* eran aquellos terribles normandos que después de asolar las poblaciones de las costas de occidente como piratas, conquistaron la Inglaterra y la Italia meridional, fundaron en las dilatadas llanuras del Este de Europa principados rusos, y luégo en masas compactas (con el nombre de *warangas*) se precipitaron como un torrente en dirección de Constantinopla, donde por su gran valor sirvieron á los emperadores de excelentes soldados.—Kugler, *ibid.*

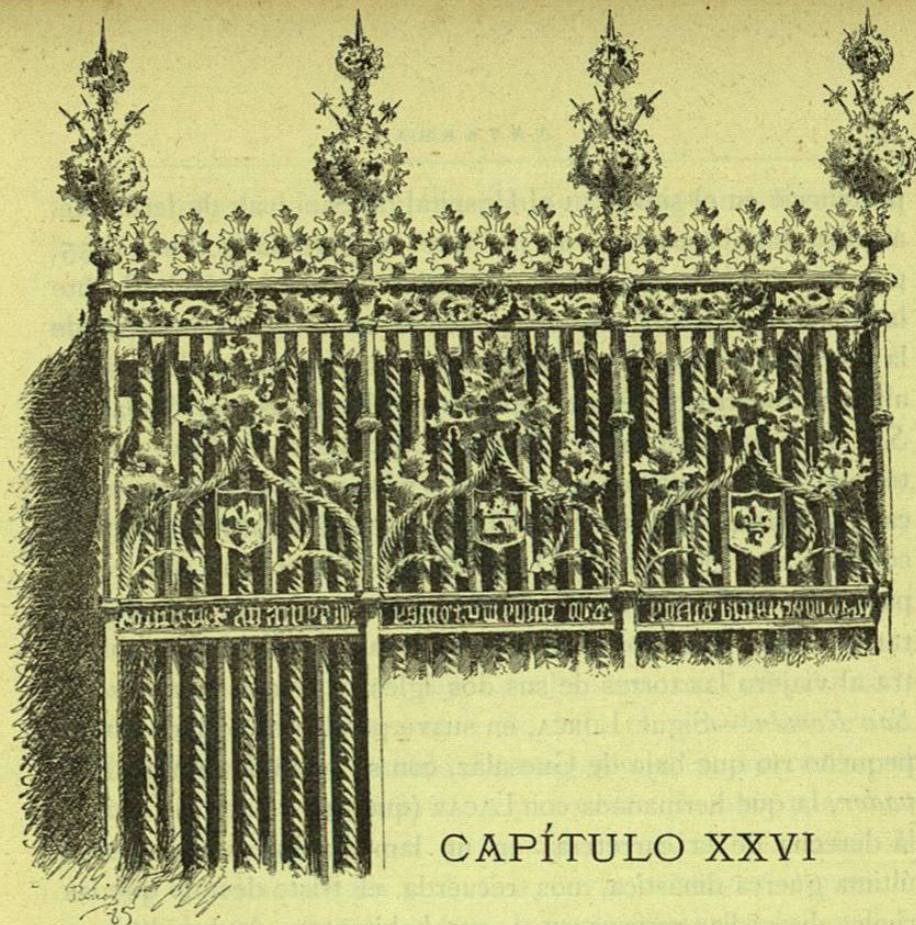
go, otro día un príncipe danés, ora un conde de Anjou ó de Luxemburgo ó de Kent, sino que se le juntó otro motivo verdaderamente noble y generoso, cual era el de cooperar á la más grande empresa religiosa que se anunció jamás al orbe desde la silla del Vicario de Cristo en la tierra. Y entonces, si los escandinavos medio paganos hallaban poderoso incentivo para dirigirse á las costas asiáticas, en la tradición gentílica de que en el lejano Oriente, cuna del sol, estaba la santa ciudad de Asgard, inundada de celeste claridad, donde nunca estampa su huella la muerte; para la generalidad de los hijos del Occidente latino no podía menos de ser el motivo principal de aquel gran movimiento, el deseo de sacar la Cruz ilesa y triunfante de la fiera borrasca que á la sazón la amagaba (1). Si al endosar con la túnica del peregrino la enseña del cruzado se lograba por añadidura adquirir algo á costa de los enemigos de Cristo, tanto mejor!...

Revolviendo estas especies, fuí gradualmente pasando de la vigilia al sueño: y hallándome en semejante estado, siento que paso también de la historia á la leyenda, de las crónicas á los libros de gesta, de los anales á los romances caballerescos. Y los personajes reales y verdaderos se me truecan en novelescos paladines y caballeros andantes, protectores de viudas, huérfanos y doncellas, émulos de Jasón y de Perseo en las más difíciles empresas de Amor y de Fe. ¡Molestas ligaduras las de la Historia! Enmudezcan Raimundo de Agiles, Alberto de Aquisgrán y Guillermo de Tiro: no sabe su árida pluma pintar las

(1) «Los alemanes á la sazón, y también más adelante, oyeron el llamamiento á la guerra Santa con oídos más indiferentes que los franceses, y sobre todo que los romanos. En la primavera de 1096, su sangre fría y la larga contienda entre el Emperador y el Papa, aún no completamente terminada, hicieron de consuno que en su mayoría recibiesen escépticamente la noticia del nuevo medio de salvación que se les ofrecía peleando por rescatar el Sepulcro de Cristo. Salían á los puentes y caminos á ver pasar el bullicioso ejército de los peregrinos, y se burlaban de los pobres que, *arrastrados por falsas y quiméricas esperanzas*, según ellos decían, abandonaban el suelo patrio».—Kugler. *Hist. cit.* cap. II.

hazañas maravillosas que, inspirados por su ardiente fe, llevaron á cabo los primeros cruzados navarros, precursores de los Teobaldos, Sanchos y Bazanes. Campo libre á la poesía! Los portentosos hechos de la *Gran conquista de Ultramar* resplandecen ante mis ojos con toda la energía de la más persuasiva realidad. Godofredo de Bouillon no es ya sencillamente el esclarecido duque de la Baja Lorena, primer rey de Jerusalén, hijo del conde de Boloña, antiguo sostén del emperador Enrique IV, sino Godofre, el nieto de aquel famoso *caballero del Cisne*, á quien el ave de este nombre llevaba sobre la tabla del Rhin y por los mares cerúleos mecido en un batel suavemente tirado con cadena de plata, para descanso de sus extraordinarias proezas. Los otros paladines cristianos, y aun los ismaelitas, turcos, egipcios fatimitas y persas, adquieren á mis ojos formas fantásticas: todos sus hechos son sobrenaturales; en todos ellos se engrandecen las proporciones, y el suelo que pisan, las poblaciones muradas que asedian y rinden, las máquinas de guerra que manejan ó mueven, los palacios de que se apoderan y en que celebran sus saraos y sus banquetes, los caballos que montan, las vestiduras con que se presentan, todo se vuelve grande, mágico, preternatural. Hasta los humildes escuderos acaban hazañas dignas de los caballeros de mayor prez. Excuso decirte que Saturnino Lasterra, el cruzado de Artajona, que pintado en el muro de la basílica de Nuestra Señora de Jerusalén me había parecido un comediante de la legua, se me representa como un héroe homérico rival de Aquiles y de Héctor.

Pero ahora advierto, lector mío, que el sueño que yo tuve figurándome á mi artajonés como el maravilloso protagonista de un nuevo libro de caballerías, forjado por mi mente acalorada, nada puede interesarte; por lo cual prosigo la relación de más positivos descubrimientos. Me refiero á los de las bellezas artísticas oscurecidas en esta región meridional de Navarra que vamos explorando.



CAPÍTULO XXVI

De Puente la Reina á Estella: pueblos intermedios.—Estella y sus tres poblaciones: su historia, sus fueros, sus bandos.—El castillo y su iglesia de Santa María.—La Judería.—Santo Domingo.—Francos y navarros, Ponces y Learzas.—San Pedro la Rúa.—San Miguel.—El Santo Sepulcro.—San Francisco: la casa municipal antigua.—La cárcel: antiguo palacio de los Duques de Granada.—San Juan.—Lizarra.—Ntra. Sra. del Puñ.—Algunos conventos de monjas.—Ntra. Sra. de Salas.

EN pocas horas se recorre el trayecto de Puente la Reina á Estella: la carretera va por un terreno casi llano, y el viajero agradablemente entretenido con los pueblos que encuentra al paso, ó deja á derecha é izquierda del camino. De estos pueblos, el primero es MAÑERU, bañado por un riachuelo ó arroyo que baja del norte, y cuyos antiguos edificios nos hablan de algo más lisonjero que su actual postración. Que fué pueblo de señorío, bien claro lo dicen los restos de su palacio: y en efecto